

DOMINGO III DE CUARESMA

CICLO A

2ª Lectura (Rom. 5, 1-2, 5-8)



“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”

«Hermanos: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; –en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir–; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.» (Rom. 5, 1-2, 5-8).

“Ya que hemos recibido la justificación por la fe”: ¡Qué importante es tener esto en cuenta!: “*Justificación por la fe*”, no por raciocinio, no por sentimiento vaporoso, no por voluntarismo autosuficiente autónomo, sino “*por la fe*”.

Ese “*creo*” piadoso, que emerge del fondo de tu espíritu y somete todo tu entendimiento y tu voluntad a Dios, es el que santifica, el que te salva a ti y a los tuyos; el que mueve más que montañas, porque mueve a Dios; el que trae la paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo.

Con todo, “*la justificación por la fe*” no es todavía la salvación. Es el inicio de la transformación interior del hombre, pero que está llamada a desembocar en la salvación, se trataría de la salvación en esperanza: “*en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios*”, que dirá poco más abajo S. Pablo.

El lugar por donde te viene “*la justificación*”, es decir, por la fe, orienta el camino que debe tomar todo hombre, tú mismo, por las rutas de esta tierra temporal. ¡Cuántos caminos surcados por el hombre que no conducen a la justificación del hombre, sino a la perdición del hombre! No te dejes engañar tú con toda esa oferta temporera que te ofrece el mundo para tu salvación y felicidad temporal y eterna: ¡Te engaña! ¡Te engañas! ¡Despierta...!

“Estamos en paz con Dios”: La “*paz con Dios*” es el primer fruto de la “*justificación por la fe*”. El hombre que se había constituido en enemigo de Dios a causa del pecado de origen y de los pecados personales, alcanza ahora por la amistad y la “*paz con Dios*”.

«GARANTÍA DE PAZ.

Por este pasaje es clarísimo que [el Apóstol] entiende que ser justificado por la fe y no por las obras es una invitación “a la paz de Dios que está por encima de toda inteligencia” (Filp. 4, 7), y en la que se encuentra la cúspide de la perfección. Y también que entendamos mejor lo que el Apóstol quiere significar con el nombre de paz y busquemos aquella paz que existe mediante Cristo, nuestro Señor. Se habla de paz, cuando nadie se queja, nadie discrepa, nada es hostil, nadie se convierte en extraño. Por consiguiente, nosotros, los que antes fuimos enemigos de Dios y seguidores del diablo, enemigo y tirano, ahora, si hemos arrojado sus armas y hemos recibido la señal de Cristo y el estandarte de su cruz, también tenemos la paz para con Dios, pero por medio de Nuestro Señor

Jesucristo, que nos ha reconciliado con Dios por la ofrenda de su propia sangre...

Tengamos paz para que la carne no pugne más con el espíritu ni haya enfrentamiento entre la ley de Dios y la de los miembros. No exista en nosotros el “sí y el no”, más bien digamos todos lo mismo, pensemos lo mismo, y no exista entre nosotros disensión alguna entre nosotros o fuera de nosotros; entonces tendremos paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo. Hay que saber con plena certeza que todo lo que encierra el vicio de la malicia nunca puede tener paz. Así, mientras uno piensa cómo herir a su prójimo, mientras busca de continuo cómo causarle daño, la mente de esa persona nunca permanece en paz. Pero si me preguntas cómo puede el justo tener paz, cuando es atacado por el diablo, cuando soporta la batalla de las tentaciones, te diré que precisamente ese tiene más paz que todos los demás...

[El Apóstol] dice que estamos en paz con Dios, sabiendo que al luchar contra el diablo estamos en paz con Dios, y es entonces cuando alcanzamos la paz de Dios, cuando permanecemos inmutables frente al diablo y cuando luchamos contra los vicios de la carne. También el apóstol Santiago afirma: “Resistid al diablo y huirá de vosotros. Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros” (Sant. 4, 7-8). Mira al mismo [Santiago] que hace lo mismo, y cómo se acerca a Dios cuando resiste al diablo.» (ORÍGENES, Comentarios sobre la Carta a los Romanos, 4, 8; CER 2, 250-256).

“Por medio de Nuestro Señor Jesucristo”: Y esta reconciliación “en la paz con Dios” le ha venido al hombre “por medio de Nuestro Señor Jesucristo”. Si ahora resulta que el hombre le da la espalda a Nuestro Señor Jesucristo, entonces el hombre se pone en peor circunstancia que aquel hombre que pisó la tierra desde Adán hasta Nuestro Señor Jesucristo:

«Si alguno viola la Ley de Moisés es condenado a muerte sin compasión, por la declaración de dos o tres testigos. ¿Cuánto más grave castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios, y tuvo como profana la sangre de la Alianza que le santificó, y ultrajó al Espíritu de la gracia?» (Hebr. 10, 28-29).

“Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos”: Gracias a Jesús puedes tener “acceso a esta gracia”, pero “con la fe”. No una fe luterana, estéril, muerta y sin obras, sino una fe católica, fecundo-virginal, vital, dinámica.

«ACCESO A LA GRACIA.

Si pues, estando tan lejos, nos dio entrada, mucho más siendo ya vecinos y parientes suyos, nos ha de conservar sin duda alguna... Mas ¿qué gracia es ésta? La que nos comunica el conocimiento de Dios, nos libra de errores, nos enseña la verdad y nos colma de todo bien por el bautismo; a esto nos dio acceso, para recibir todos estos dones. Pues no se limita a concedernos el perdón de nuestros pecados, sino que nos eleva a los más sublimes honores y dignidades.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Carta a los Romanos, 9, 2; PG 60, 468).

“Y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios”: Y, gracias a Nuestro Señor Jesucristo, de quien has “*obtenido con la fe el acceso a esta gracia*”, también has conseguido la alegría cristiana, alentado por la esperanza de la vida futura: “*nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios*”.

Por lo tanto, la “*fe*” te ha ido otorgando, dirá S. Pablo, multitud de beneficios, o mejor, la gracia de Dios en atención a tu fe:

- La justificación.
- La paz con Dios.
- La gracia.
- La esperanza de la gloria.
- La filiación adoptiva.

“La esperanza no defrauda”: Si “*la esperanza no defrauda*”, la posesión es un fraude, pues atenta contra la esperanza que se confía alcanzar. Si el amor lo derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones en el tiempo de la esperanza, la posesión terrena y temporal es el primer enemigo del Espíritu.

Da a entender S. Pablo que las promesas que hace el mundo y que no puede cumplir por impotencia ontológica, son un fraude que defrauda, pero “*la esperanza (cristiana) no defrauda*”, es eficazmente verdadera.

“Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”: La consistencia que tiene “*la esperanza*” cristiana, le viene garantizada por “*el amor de Dios*”, aunque no por “*el amor de Dios*” en sí mismo, sino por “*el amor de Dios*” tal y como se encuentra en ti.

El “*amor de Dios*” no obra desde lejanos continentes celestes, sino que obra “*en nuestros corazones*”. Has sido constituido en el territorio de la Trinidad Beatísima: ¡Oh misterio!

«LA ESPERANZA NO DEFRAUDA.

La esperanza no defrauda, pues mientras somos juzgados como necios y locos por los pérfidos, pues creemos que lo mundano carece de razón, gozamos de la prenda de la caridad de Dios por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Carta a los Romanos, CSEL 81, 155).

Cuando el amor de Dios que se da al hombre es “*derramado en nuestros corazones*”, ya no puede retornar; como cuando se derrama un recipiente de aceite sobre tu cabeza. Ya no retorna al recipiente. ¡Tal es el modo como Dios se da al hombre!

“En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas”: Se refiere S. Pablo al tiempo en el que el hombre vivía sin el apoyo de la gracia de Dios, que fortalece al hombre para hacer el bien y vivir santamente. Es decir, desde la caída de Adán hasta la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

“En el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos”: Cuando Dios había determinado llevar a cabo la redención en favor del hombre. Cuando llegó ese momento dichoso para el hombre, en el que “*Cristo murió por los impíos*”, el hombre era todavía impío, esclavo del pecado y malvado contra Dios.

«SI MURIÓ POR LOS ENEMIGOS, PIENSA QUÉ HARÁ POR LOS AMIGOS.

¿Si Cristo se entregó a la muerte por los incrédulos y enemigos de Dios en el tiempo, pues ha muerto en el tiempo, ya que resucitó al tercer día; cuánto más nos auxiliará con su gracia a los que creemos en él? Pues murió para conseguirnos la vida y la gloria. Por lo tanto, si murió por los enemigos, se debe comprender cuánto más será fiador de los amigos.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Carta a los Romanos, CSEL 81, 157).

“En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir”: S. Pablo pone aquí, a modo

de contraste, lo que excepcionalmente podría hacer algún excepcional hombre de bien en favor de otro hombre de bien, pero ni por la imaginación se le pudo pasar a nadie que alguien muriera por un malvado. Pues bien, ese malvado eres tú, y quien murió por ti con muchísimo amor fue Cristo Jesús: ¡Enmudece y adora!

Y si alguno objeta que, antes de Nuestro Señor Jesucristo, hubo mártires que se mantuvieron firmes en la fe, aun a costa de su propia vida, mi respuesta es que su muerte no fue para beneficiar a los impíos, sino para gloria de Dios, a quien le permanecieron fieles.

“Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”: Aquí queda patente ante la faz de la tierra el amor de Dios por el hombre. Nada había en el hombre que lo hiciera amable, pero sí había un caudal infinito de misericordia que movió a Dios a volcarse en el hombre: ¡Dios sea bendito por los siglos!

3ª Lectura (Jn. 4, 5-42)



“Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”

«En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: –Dame de beber.

(Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.)

La samaritana le dice: –¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó: –Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.

La mujer le dice: –Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Jesús le contesta: –El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La mujer le dice: –Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.

[Él le dice: –Anda, llama a tu marido y vuelve.

La mujer le contesta: –No tengo marido.

Jesús le dice: –Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.

La mujer le dice:] –Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.

Jesús le dice: –Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.

La mujer le dice: –Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él nos lo dirá todo.

Jesús le dice: –Soy yo: el que habla contigo.

[En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: “¿Qué le preguntas o de qué le hablas?”]

La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: –Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será éste el Mesías?

Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él.

Mientras tanto sus discípulos le insistían: –Maestro, come.

Él les dijo: –Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis.

Los discípulos comentaban entre ellos: –¿Le habrá traído alguien de comer?

Jesús les dijo: –Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.

¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega: el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: “Uno siembra y otro siega”. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron y vosotros recogéis el fruto de sus sudores.]

En aquel pueblo, muchos samaritanos creyeron en él [por el testimonio que había dado la mujer: “Me ha dicho todo lo que he hecho”].

Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Todavía creyeron muchos más

por su predicación, y decían a la mujer: –Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.» (Jn. 4, 5-42).

“Llegó Jesús a un pueblo de Samaría”: La intención del evangelista S. Juan es la de mostrar al pueblo cismático (Samaría) una vía expedita hacia Dios.

El templo de Garizim se construyó para dar culto a Yahveh aprovechando la huida de un Sacerdote de Jerusalén hacia Samaría.

Alejandro Magno mató muchos de los habitantes de Samaría y los sustituyó por una colonia siro-macedonia.

Juan Hircano les destruyó el templo de Garizim al destruir la ciudad, pero luego la reconstruyó Herodes Magno con el nombre de Sebaste Augusta.

“Llamado Sicar”: El resultado era que había gran enemistad entre Judea y Samaría por motivos doctrinales y raciales, como queda expresado en el Eclesiástico al equiparar Samaría a Filistea:

*«Hay dos naciones que mi alma detesta, y la tercera ni siquiera es nación: los habitantes de la montaña de Seír, los filisteos y el pueblo necio que mora en **Siquem** (Sicar).» (Si. 50, 25-26).*

“Cerca del campo que dio Jacob a su hijo José”: Es el campo que compró Jacob cuando venía de Mesopotamia y donde edificó un altar a Dios:

«Jacob llegó sin novedad a la ciudad de Siquem, que está en el territorio cananeo, viniendo de Paddán Aram, y acampó frente a la ciudad. Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien agnos la parcela de campo donde había desplegado su tienda, erigió allí un altar, y lo llamó de “El”, Dios de Israel.» (Gén. 33, 18-20).

Este campo se lo dio Jacob a su hijo José como mejora testamentaria:

«Dijo entonces Israel a José: “Yo muero; pero Dios estará con vosotros y os devolverá a la tierra de vuestros padres. Yo, por mi parte, te doy Siquem a ti, mejorándote sobre tus hermanos: lo que tomé al amorreo con mi espada y con mi arco.”» (Gén. 48, 21-22).

En este campo fue enterrado José:

«Los huesos de José, que los hijos de Israel habían subido de Egipto, fueron sepultados en Siquem, en la parcela del campo que había comprado Jacob a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien pesos, y que pasó a ser heredad de los hijos de José.» (Jos. 24, 32).

“Allí estaba el manantial de Jacob”: Nos movemos en un ámbito de estricta tradición religiosa. Aquí no se trata de un mero pozo que se alimenta del agua de la lluvia, pero que no mana en su fondo. Este pozo es un manantial que se auto-alimenta de su misma fuente interna.

“Jesús, cansado del camino”: Los judíos no solían desayunar, y, como el camino de Judea a Samaría es pendiente, era normal que sintiera cansancio, sed y hambre, pues estamos ya a mediodía.

“Estaba allí sentado junto al manantial”: Aparentemente sin otra perspectiva que la de restaurar fuerzas, pero Jesús no da puntada sin hilo. Está esperando que la mujer samaritana se acerque por agua. Esta mujer vendrá a ser imagen de la Iglesia, esperada y preparada por Cristo Jesús de un modo magistral. La va transformando del estado informe, o mejor dicho, deforme, a un estado y altura capaz de un maridaje con la divinidad:

«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.» (Ef. 5, 31-32).

“Junto al manantial”: Manantial de agua estancada, al que acuden los mortales para conservar una vida que muere, aparece también otro manantial de aguas vivas, Jesús, al que acudirán los samaritanos para conservar una vida que no muere jamás.

Los dos manantiales se dan cita en el mismo lugar, en el campo de Jacob. Pero el Dios de Jacob es un Dios de vivos (cf. Mt. 22, 32), por lo tanto, los samaritanos encontrarán aquí la vida, y ésta eterna.

“Era alrededor del mediodía”:

- Este dato recordado con precisión casi matemática da a entender que el acontecimiento quedó muy grabado en la mente de los discípulos.
- Aclara la razón del cansancio y sed de Jesús, que no ha comido durante todo el día.
- Determina que es llegada la hora de comer.
- Cosmológicamente hablando, el Sol ha llegado a su cenit; pero teológicamente Jesús también está “*alrededor del mediodía*” de su iluminación eclesial.

Así como a la historia de la humanidad la tipifica el autor sagrado como silencio y noche interrumpida a la mitad de su carrera por la Palabra luminosa de Jesús:

«Cuando un sosegado **silencio** todo lo envolvía y la **noche** se encontraba en la mitad de su carrera, tu **Palabra** omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio.» (Sab. 18, 14-15).

así, ahora, San Juan tipifica la historia salvífica de Jesús como Palabra y día ininterrumpido en el que a la mitad de su curso aparece la mujer, imagen de la Iglesia de Cristo Jesús.

“Llega una mujer de Samaría a sacar agua”: La hora de sacar agua es en la mañana o al atardecer, pero al mediodía resulta extraño; sin embargo, la mención al mediodía, fuera de hora, tiene su intencionalidad en S. Juan.

Es posible que como la mujer samaritana llevaba mala vida, ésta evitara encontrarse en el pozo con otras personas, pues era lugar propicio para tertulias inconvenientes.

Jesús espera a la mujer, porque la salvación es universal, no sólo para los apóstoles. Aunque la mujer estaba devaluada en el ambiente his-

tórico de Jesús, Jesús no se somete a los esquemas sociales egoístas que van surgiendo en el tiempo y el espacio.

«LA MUJER ES LA IGLESIA.

Es un símbolo de la realidad la venida de esta mujer extranjera, que era figura de la Iglesia, porque se formaría de los gentiles, gente extraña a los judíos. Oigámonos, pues, nosotros en ella, y reconozcámonos en ella y en ella demos gracias también a Dios por nosotros.» (S. AGUSTÍN, Tratado sobre el Evangelio de Juan, 15; 10; CCL 36, 154).

“Y Jesús le dice: –Dame de beber”: Jesús pide agua, muestra su sed, aunque sed de salvación más que de agua material. Jesús se va introduciendo con suavidad y divina pedagogía en aquella vida cismática: ¿qué agua le puedes dar tú hoy a Jesús? Vete con un recipiente grande, no vaya a ocurrir que desfallezca de sed: **“Tengo sed” (Jn. 19, 28):**

- ¿Qué tipo de sed puede tener el **amor**? –Ama pues.
- ¿Qué tipo de sed puede tener la **vida**? –No mates.
- ¿Qué tipo de sed puede tener el **legislador**? –Cumple los mandamientos.
- ¿Qué tipo de sed puede tener el **Creador y Redentor** de la humanidad? –Sométete.

Jesús, que es necesario para ti, ha querido sentir necesidad de ti: *“dame de beber”*.

«JESÚS SIENTE SED DE LA FE DE LA MUJER.

Su bebida era también cumplir con aquella mujer la voluntad del que le envió. Ése es el sentido de aquellas palabras: “Tengo sed; dame de beber”, para producir en ti la fe y beber tu fe e incorporarte a mi cuerpo; porque mi cuerpo es la Iglesia.» (S. AGUSTÍN, Tratado sobre el Evangelio de Juan, 15; 31; CCL 36, 163).

“(Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida)”: Pone de manifiesto S. Juan la vida sencilla y pobre de Jesús. Ha emprendido el viaje sin provisiones.

El marco geográfico de la escena se ve liberado de observadores inoportunos que puedan dificultar la conversación de Jesús con la samaritana y su conversión.

- Los apóstoles piensan en las necesidades propias, Jesús en las ajenas.
- Los apóstoles piensan en las necesidades materiales, Jesús en las espirituales.
- Los apóstoles piensan en las necesidades temporales, Jesús en las eternas...

¿No estaban más cansados los discípulos por lo empinado del camino que lo estaba Jesús? ¿Por qué, entonces, Jesús no ahorra este plus de cansancio apostólico para conseguir comida y se va Él mismo a conseguirla, o a convertir las piedras del brocal del pozo en panes? –Los hombres se *fatigan* por el pan que perece, pero Jesús *descansa* con el que perdura para la vida eterna:

*«Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el **alimento que permanece para vida eterna**, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.» (Jn. 6, 27).*

“La samaritana le dice”: La soberbia cismática se yergue en pie de guerra frente al “Príncipe de Paz” (Is. 9, 5).

“¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”: La respuesta samaritana es una llamada de atención a Jesús por trasgredir las disposiciones judías, que no permitían a los judíos tener contacto con los samaritanos, y menos beber en sus vasijas.

La respuesta incisiva de la mujer revela su orgullo de raza, un tanto herido, y su rivalidad enquistada contra los judíos. S. Juan pone en contraposición la dureza despectiva y los aires de superioridad de la mujer samaritana, con la sencilla humildad de Jesús pidiendo agua.

“(Porque los judíos no se tratan con los samaritanos)”: La fractura entre Judea y Samaria la va a recomponer Jesús con su pasión y muerte. El muro del Templo de Jerusalén que separaba al judío del gentil fue derrumbado:

«Recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne, llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión –por una operación practicada en la carne–, estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Pro-

mesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad.» (Ef. 2, 11-14).

Pero, más aún, el velo del Templo, que daba acceso al Santo de los Santos y separaba al pueblo de Dios, se rasgó de arriba abajo, dando a entender que la rivalidad de la humanidad había cesado y quedaba unido en intimidad con Dios:

«Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo.» (Mt. 27, 50-51).

Los apóstoles en esta ocasión buscan comida, la samaritana busca agua, pero Jesús busca la incorporación de todos a su Iglesia, donde se conseguirá la unidad, el amor y la paz. Jesús te busca a ti. ¡Qué debes buscar tú que no sean almas!

«LOS JUDÍOS NUNCA USARÍAN SUS CÁNTAROS.

Los judíos jamás se sirven de los cántaros [de los samaritanos], y como esta mujer llevaba un cántaro para sacar agua, se extraña de que un judío le pida agua, ya que los judíos no suelen hacer eso.» (S. AGUSTÍN, Tratado sobre el Evangelio de Juan, 15; 11; CCL 36, 154).

“Jesús le contestó”: La respuesta hiriente de la samaritana tiene una contrarrespuesta de benignidad por parte del Buen Samaritano. Para aplacar al airado encuentra el cristiano aquí toda la serena majestad de Dios ejerciendo su soberano dominio sobre sí y sobre el airado. La mansedumbre es propia de Dios, no de hombres. Si la samaritana es un hueso duro de roer, Jesús amansará a la fiera:

«Una lengua dulce quebranta los huesos.» (Prov. 25, 15).

El cristiano tiene acceso a la mansedumbre cristiana en Cristo Jesús.

“Si conocieras”: La condición irreal que propone Jesús, descubre en la samaritana a una mujer fuera de contexto teológico. Luego, la samaritana está ignorante de lo que más le importa. Ella, que se las daba de

sabidilla, recibe una delicadísima advertencia de ignorancia fatal. ¿Qué es lo que sabes? –¿Qué es lo que ignoras?

“El don de Dios”: En este caso se trata del mismo Jesús, como se desprende de la proposición inmediata: “*y quién es el que te pide de beber*”, a la que está unida. Pero también se refiere al gran don del Espíritu Santo, como aludirá al designarlo con el “*agua viva*”:

«*Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí*”, como dice la Escritura: *De su seno correrán ríos de **agua viva**. Esto lo decía refiriéndose al **Espíritu** que iban a recibir los que creyeran en él.*» (Jn. 7, 37-39).

“Y quién es el que te pide de beber”: Con esta frase de Jesús, con la que insinúa su divinidad, la fierecilla debió quedar desconcertada y un tanto más amansada.

“Le pedirías tú”: La mujer no entiende que le conviene que Jesús le pida agua. Las peticiones de Jesús pueden resultarte desconcertantes, como le ocurre a esta mujer, que no entiende que Jesús supere las rivalidades raciales y culturales y entre en diálogo con la cismática.

La aparente superioridad de la samaritana sobre Jesús, que está cansado, sediento y sin caldero para sacar agua tan profunda, se va desmontando progresivamente con el don que Jesús va haciendo a esta mujer, desde la iluminación de su entendimiento, hasta la moción en su voluntad orientada hacia el bien que debe recibir.

¿La samaritana le dio agua a Jesús? –No lo sabemos. Es de suponer que sí, que no se negaría a darle agua a Jesús, pero también es de suponer que no dio lugar a este acontecimiento. S. Juan omite este gesto, porque está haciendo teología. Aunque Dios se te presente necesitado, eres tú el que necesita de Dios, y no serás tú quien dé algo a Dios, sino que será Dios quien te dará todo a ti.

“Y él te daría agua viva”: Es el agua que da vida, pero la eterna. Esta agua es el Espíritu Santo que Dios da a los que le aman.

En la tradición bíblica el agua viva es propia de un manantial que corre, en oposición al agua estancada de las cisternas, como la del pozo de Sicar. Por tanto, Jesús da mejor agua que la samaritana:

«Cavaron los siervos de Isaac en la vaguada y encontraron allí un **pozo de aguas vivas**.» (Gén. 26, 19).

«Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, **Manantial de aguas vivas**, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen.» (Jer. 2, 13).

«Sucederá aquel día que saldrán de Jerusalén **aguas vivas**, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental: las habrá tanto en verano como en invierno.» (Zac. 18, 8).

“La mujer le dice”: La soberbia cismática se va a mostrar ahora más conciliadora. El acercamiento de la samaritana a Jesús con tanta facilidad, contrasta con la resistencia del pueblo de Dios:

«Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.» (Jn. 1, 11).

“Señor”: Comienza a perfilarse una actitud más serena de la samaritana. Ya le llama respetuosamente “Señor” a Jesús. Contrasta con el irrespetuoso “tú” anterior: “¿Cómo **tú**, siendo judío?” Pero aún no se ha remontado de lo natural a lo divino. Perfila algo extraordinario en Jesús, pero precisa más doctrina, que Jesús le acercará oportunamente.

“Si no tienes cubo”: Es mucha la pobreza con la que se presenta Jesús, pero es rico en extremo, pues todo es suyo por creación y dominio.

“Y el pozo es hondo”: Es uno de los pozos más profundos de Palestina. Tal vez el más profundo. Tiene 32 metros de profundidad.

“¿De dónde sacas el agua viva?”: Narra S. Juan este verso para esclarecer el origen del “agua viva”, la cual no es de este mundo, aunque hay que hacer acopio de ella en este mundo, si no se quiere perecer de sed en el mundo futuro.

El “agua viva” tiene dos significados:

1. **Genérico:** los dones mesiánicos.
2. **Específico:** el Espíritu Santo, que Jesús da a los creyentes.

“¿Eres tú más que nuestro Padre Jacob?”: La pregunta reclama una respuesta positiva. La samaritana tiene por frente al *“Dios de Jacob”* (Éx. 3, 6; 4, 5; 2 Sam. 23, 1; Sal. 20 2; 24, 6; 46, 4; Mt. 22, 32pp. etc.).

La curiosidad femenina se dispara de un modo enigmático. Podría haber preguntado abiertamente sobre la condición de Jesús, pero prefiere el modo intrigante femenino: *“¿Eres tú más que nuestro padre Jacob...?”*

Comienza a interesarse por la persona de Jesús, pero todavía tiene que afinar sus modales. Jesús le dará esa educación de modo magistral.

“Que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”: La samaritana lanza el anzuelo femenino con la intencionalidad de alimentar el diálogo con el judío misterioso que le pide de beber.

“Jesús le contesta”: Jesús pica el anzuelo lanzado por la mujer, pero es la samaritana la que quedará pescada misteriosamente.

“El que bebe de esta agua”: Está en contraposición del *“agua que yo le daré”*. Luego el agua que da Jesús no es la del pozo de Jacob (antigua ley de esclavitud) ahora da una nueva agua (nueva ley de gracia). Es, por tanto, un agua de naturaleza distinta.

“Vuelve a tener sed”: El agua de Jacob no aplaca la sed sino por unos instantes. Con esta agua del pozo de la antigua ley vive el hombre en perpetua indigencia:

«LOS PLACERES DEL MUNDO JAMÁS SACIAN NUESTRA SED.

No hay que dejar de lado que lo que prometía el Señor era cosa espiritual. ¿Qué significan estas palabras: “El que beba de esta agua volverá a tener sed”? Esto es verdad lo mismo de esta agua que de lo que esta agua significa. Porque el agua en lo profundo del pozo son los placeres del siglo dentro de las profundidades tenebrosas. De aquí las sacan los hombres con el cántaro de las concupiscencias. En efecto, los hombres, con la concupiscencia, bajan hasta el fondo para sacar de esas profundidades el placer y gozarlo, adelantándose la concupiscencia. Porque, si ésta no va delante, nadie puede llegar al placer. El cántaro es, pues, la concupiscencia, y el agua profunda es el placer. Cuando alguien se llega al placer de este siglo, que es el manjar, y la bebida, y los baños, y los espectáculos, y el comercio carnal, ¿por ventura no volverá ya a

tener sed? El que bebe de esta agua volverá a tener sed; mas, si la recibe de mí, no volverá a tener sed jamás. “Seremos saciados –dice [el salmista]– con los bienes de su casa” (Sal 65, 4). ¿Qué agua es ésta que nos promete? Sin duda, aquella de la que se dijo: “En ti está la fuente de la vida” (Sal 36, 9). ¿Cómo es posible que tengan sed los que serán embriagados con la abundancia de tu casa? (cf. Sal 36, 8).» (S. AGUSTÍN, Tratado sobre el Evangelio de Juan, 15; 16; CCL 36, 156).

“Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed”: El agua del Corazón de Jesús tiene efectos superiores a la del “pozo de Jacob”. Ya no es necesario estar dependiente de la distancia de un pozo, sin el cual la vida perece, y lejos de él la vida se hace penosa, pues habría que frecuentarlo recorriendo largas distancias.

El efecto que produce el agua de Jesús es como el “*pan de la vida*” (Jn. 6, 35), que quita el hambre y la sed. Es necesaria el agua material, pero más necesaria la espiritual. Es necesario el pozo de Jacob, pero imprescindible el Corazón de Jesús, del que manan “*ríos de agua viva*” (Jn. 7, 38).

Jesús contrapone dos aguas como contrapone dos panes:

«Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre... “En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo.”» (Jn. 6, 27, 32).

“El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”: Las apetencias terrenas, mundanas, no sacian. Las apetencias divinas apagan la sed intramundana. El agua de Jesús (todos los dones mesiánicos, su doctrina, su gracia, etc. y su Espíritu Santo) tiene como finalidad “la Vida eterna”.

Con las expresiones “*surtidor*” y “*salta*” designa Jesús la intervención del Espíritu Santo en la vida de los fieles de su Iglesia.

El fin del “*agua viva*” es la vida eterna: Jesús inserta en el corazón de sus fieles esa fuente vital, el Espíritu Santo, que tiene como finalidad última la vida eterna. El Espíritu Santo es la fuente (causa del efecto final) que produce la vida eterna.

«EL ESPÍRITU EN LA PALABRA BASTA PARA ENSEÑAR.

Se debe recordar que el Salvador llama “agua” a la gracia del Espíritu Santo. Si uno bebe de esta agua, tendrá en su interior el manantial de las divinas enseñanzas, hasta el punto de no necesitar más los consejos de los demás y poder exhortar a los que tienen sed de la palabra divina y celeste. Tales eran, mientras se encontraban en esta vida y sobre la tierra, los santos profetas, los apóstoles y los que les sucedieron en el ministerio litúrgico. De ellos está escrito: “Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación” (Is. 12, 3).» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Juan, 2; 4; Pusey 1, 271-272).

“La mujer le dice”: En esta ocasión la samaritana responde a Jesús con mejor disposición de ánimo y con voluntad de continuar el diálogo.

“Señor, dame esa agua”: Ya está la fierecilla más amansada, se va domesticando progresivamente. Ya se deja acercar por el manso Cordero. Ya mordió el anzuelo divino. Lo que muerde es una trampa (lo natural), pero detrás de este dulce engaño está lo sobrenatural (la vida eterna). Sin embargo, en la samaritana todavía el deseo es terreno. Todavía hay demasiado interés grosero, pero Jesús lo irá purificando magistralmente. Así ocurrió también con la promesa del pan de vida:

*«“Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el **alimento que permanece para vida eterna**, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.” Ellos le dijeron: “¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?” Jesús les respondió: “La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado.”» (Jn. 6, 27-29).*

“Así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla”: El anterior comportamiento meramente animal de la samaritana se ha transformado en comportamiento más humano, aunque todavía interesado y natural, pero Jesús quiere elevarla más alto, al plano sobrenatural.

- Se achica la dimensión temporal: **“nunca más tendré sed”**.
- Se achica la dimensión espacial: **“Ni tendré que venir aquí”**.

La dimensión aespacial y atemporal que vislumbra la samaritana será una realidad de futuro incoada ya en el tiempo presente con la pre-

sencia de Jesús. La Iglesia de Cristo Jesús, escenificada en la samaritana, vive “*ya sí, aunque todavía no*” el misterio de la Salvación.

“*Él le dice: –Anda, llama a tu marido y vuelve*”: La pretensión de Jesús con este mandato es doble:

1. Disponer el corazón de la fierecilla samaritana, ya un tanto domesticado, para que pueda reconocer y aceptar al Salvador que le dará la salvación.
2. Convertir a la samaritana en misionera: pues irá al pueblo samaritano y volverá con los samaritanos, para que crean en Jesús como el Salvador esperado.

«EL VALOR DE CONDENARSE A SÍ MISMO.

La mujer respondió condenándose a sí misma por haber tenido relaciones con aquel marido, y dijo: “No tengo marido”, como si ya portara dentro de ella aquel agua que brota hasta la vida eterna.» (ORÍGENES, Comentario al Evangelio de Juan, 13; 50; SC 222, 58).

“La mujer le contesta: –No tengo marido”: La condición deplorable de la samaritana la sitúa en el peor de los rangos, pues habiendo pasado de mano en mano, vivía ahora ilegítimamente con quien no era de su mano.

La buscadora de hombres, en su colección se había quedado sin uno legítimo. Se cumplió el vaticinio de los orígenes:

«A la mujer le dijo: “... Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te aplastará.» (Gén. 3, 16).

Con la llegada del Salvador de los hombres, comenzó la salvación de la mujer: la Iglesia.

“Jesús le dice: –Tienes razón, que no tienes marido”: Jesús alaba lo que es alabable en la samaritana, en este caso su sinceridad.

“Has tenido ya cinco”: No es creíble que los cinco hombres con los que convivió fueran legítimos maridos, es decir, que sucesivamente hubieran muerto dejándola viuda.

“Y el de ahora no es tu marido”: Lo cual hace suponer que tampoco lo fueron los anteriores, como no lo es el sexto hombre con el que ahora convive.

“En eso has dicho verdad”: Esta es la trágica y única verdad de la humanidad, su pecado.

“La mujer le dice:/ –Señor”: Reitera la samaritana el reconocimiento distinguido de Jesús como alguien extraordinario: “Señor”, pero ahora lo cataloga como profeta.

“Veo que tú eres un profeta”: La ciencia de Jesús sobre la conciencia de la samaritana hace suponer a ésta que Jesús tiene ciencia divina. Por lo tanto, al menos debe ser profeta, concluye la samaritana.

La aceptación de su pecado predispone a esta mujer samaritana para recibir la gracia de la conversión. Jesús ha ido dirigiendo los sentimientos de la mujer de modo ascensional hasta dejarla dispuesta para abrirse a la gracia de Dios, que la va a salvar.

“Nuestros padres dieron culto en este monte”: Reconocida la semblanza profética de Jesús, la mujer samaritana aborda el antiguo problema entre Judea y Samaría en torno al **lugar de culto**. Intuye que puede tener con Jesús una respuesta más autorizada y serena que con las disputas reiteradas entre judíos y samaritanos.

Es verdad que el libro del Deuteronomio propone la unidad de culto:

*«Suprimiréis todos los lugares donde los pueblos que vais a desalojar han dado culto a sus dioses, en lo alto de los montes, en las colinas, y bajo todo árbol frondoso; demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, quemaréis sus cipos, derribaréis las esculturas de sus dioses y suprimiréis su nombre de este lugar. No procederéis así respecto de Yahveh vuestro Dios, sino que **sólo vendréis a buscarle al lugar elegido por Yahveh vuestro Dios, de entre todas las tribus, para poner en él la morada de su nombre.** Allí llevaréis vuestros holocaustos y vuestros sacrificios, vuestros diezmos y las ofrendas reservadas de vuestras manos, vuestras ofrendas votivas y vuestras ofrendas voluntarias, los primogénitos de vuestro ganado mayor y menor, allí comeréis en presencia de Yahveh vuestro*

Dios y os regocijaréis, vosotros y vuestras casas, de todas las empresas en que Yahveh tu Dios te haya bendecido.» (Deut. 12, 2-7).

El templo de Garizim (en Samaría), que no existía ya, había sido rival del Templo de Jerusalén. La unidad de santuario, propuesta por el Deuteronomio, se había roto con la ruptura del pueblo de Dios a la muerte de Salomón. Su hijo Roboam, enfrentado a Jeroboam, rompió la unidad del pueblo en dos facciones: Israel al norte y Judá al sur:

«Jeroboam se dijo en su corazón: “En esta situación el reino acabará por volver a la casa de David. Si este pueblo continúa subiendo para ofrecer sacrificios en la Casa de Yahveh en Jerusalén, el corazón de este pueblo se volverá a su señor, a Roboam, rey de Judá, y me matarán.” Tomó consejo el rey, hizo dos becerros de oro, y dijo al pueblo: “Basta ya de subir a Jerusalén. Este es tu dios, Israel, el que te hizo subir de la tierra de Egipto.” Colocó uno en Betel, y el pueblo fue con el otro hasta Dan. Hizo Casas en los altos y estableció sacerdotes del común del pueblo que no eran de los hijos de Leví. Hizo Jeroboam una fiesta en el mes octavo, el día quince del mes, parecida a la fiesta de Judá, y subió al altar. Así hizo en Betel, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho y estableciendo en Betel sacerdotes para los altos que había instituido. Subió al altar que había hecho en Betel el día quince del octavo mes, el mes que se había discurrido por su cuenta para instituir una fiesta para los israelitas, y subió al altar para quemar incienso.» (1 Rey. 12, 26-33).

Aquí comenzó la ruptura del pueblo de Dios, que fue degenerando con el curso del tiempo. Buena nota da de ello el libro del Eclesiástico:

«Descansó Salomón con sus padres, y después de él dejó a uno de su linaje, lo más loco del pueblo, falto de inteligencia, Roboam, que apartó de su cordura al pueblo. Y Jeroboam, hijo de Nabat, fue el que hizo pecar a Israel, y señaló a Efraím el camino del pecado. Desde entonces se multiplicaron sus pecados tanto que expulsaron al pueblo de su tierra. Toda clase de maldades frecuentaron, hasta que vino sobre ellos el castigo.» (Si. 47, 23-25).

Y la samaritana ve ahora una oportunidad propicia para poner en orden sus creencias.

“Y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”: Las rivalidades teológicas no vienen de Dios, por más teológicas que sean. Vienen siempre de Satanás, que sabe dañar lo más sagrado del hombre, si el hombre se deja:

«Nada tiene de extraño: que el mismo Satanás se disfrace de ángel de luz.» (2 Cor. 11, 14).

“Jesús le dice: –Créeme, mujer”: Jesús propone su autoridad en paridad de condiciones a la autoridad de la Escritura Santa. Jesús solicita la atención de la samaritana para que crea cuanto le va a decir, y que borre de su cabeza los esquemas introducidos por la maldad del corazón humano a través de los siglos. Su mismo pecado, viviendo en ilegítima monogamia sucesiva y compulsiva, había descolocado su orden lógico y teológico. Si ahora cree a Jesús, volverá a reinar el orden y la paz en su corazón. Ya estaba dispuesta para este momento dichoso de fe, que supo aprovechar adecuadamente a impulsos de la gracia divina.

“Mujer”: Es una expresión de distinción femenina: “señora”. Jesús es sumamente delicado en el trato con todo el mundo. La mujer era poco considerada, por tanto, esta expresión denota en el Señor una finura nada habitual en la época. Con Cristo Jesús, y posteriormente con los cristianos, se inicia la recuperación de la dignidad de la mujer, la cual sale de su ostracismo y es colocada en el lugar que le corresponde en el proyecto creador de Dios. Lastimosamente, en la actualidad, la mujer está pasando de ser un sujeto personal, con una trayectoria bien definida, a un objeto impersonal y grotesco, que nada tiene que ver con su dignidad ontológica querida por el Creador.

Nunca dejes de valorar a la mujer como lo que es, y denominarla como Jesús con gran solemnidad: “Señora”. Recupera este valor que la inculta civilización de presente está perdiendo.

“Se acerca la hora”: Se trata de un futuro inmediato, pero incoado, ya presente, con el que Jesús da respuesta a la inquietud de la mujer acerca del lugar de culto apropiado.

“En que ni en este monte”: Lugar del templo de Garizim (en Samaría) construido para dar culto a Yahveh, aprovechando la huida de un Sacerdote de Jerusalén hacia Samaría. En tiempo de Jesús ya no había templo, aunque sí culto. Juan Hircano destruyó el templo de Garizim el

año 129 a. C. En la actualidad “*este monte*” es el lugar sagrado de una comunidad samaritana que vive en Naplusa. La ruptura samaritana trae cola milenaria: ¡Qué repercusión tienen las acciones de los hombres!

“Ni en Jerusalén”: No será el lugar quien una al hombre con Dios, será su disposición filial con el Padre, independientemente del lugar en que se encuentre el judío o el samaritano.

“Daréis culto al Padre”: Jesús afirma la paternidad universal de Dios para con el hombre, independientemente de la raza, pueblo, condición...

“Vosotros dais culto a uno que no conocéis”: En realidad la apostasía viene de los samaritanos, pero los judíos incurrir en la misma impiedad samaritana rechazando a sus hermanos de Samaría.

La ignorancia samaritana no es mayor que la judía, aunque por conceptos distintos.

“Nosotros adoramos a uno que conocemos”: Hay una superioridad judía por encima de la samaritana. Jesús mismo dice aquí dónde está la razón de la superioridad: el conocimiento de Dios. Los samaritanos sólo aceptaban los libros del Pentateuco (los cinco primeros libros de la Sagrada Escritura: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio). Rechazaban abiertamente los libros Históricos, Sapienciales y Proféticos, los cuales se ordenan a la preparación de la venida del Mesías esperado. Por tanto, los samaritanos habían recortado y distorsionado la religión revelada. No se trata, pues, de una superioridad judía por razón del lugar, sino de conocimiento de Dios.

“Porque la salvación viene de los judíos”: Y los samaritanos, oh paradoja, reconocen antes que los judíos la salvación que viene por el judío Cristo Jesús: “*Ya no creemos por tus palabras* (dicen los samaritanos a la mujer samaritana); *que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.*” (v. 42).

“Pero se acerca la hora”: Es la hora de Jesús: ya está operante, pero todavía las masas de gentes no han llegado a completar el mensaje que Jesús irá predicando. Se acerca el final del inicio.

“Ya está aquí”: Está presente en la persona de Jesús, y lo seguirá estando en sus discípulos hasta la consumación de los siglos.

“En que los que quieran dar culto verdadero (ἀληθινοὶ)”: Culto original, genuino, perfecto. Excluye el raquitismo samaritano y la hipocresía judía.

“Adorarán (προσκυνήσουσιν)”: El sentido etimológico sería honrar con un beso en la mano o un gesto equivalente:

«Pero me reservaré 7.000 en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron.» (1 Rey. 19, 18).

Para un oriental, adorar es hincar las rodillas: Jesús adora postrándose en tierra en el Huerto de los Olivos. San Pablo también doblaba sus rodillas:

«Dicho esto se puso de rodillas y oró con todos ellos.» (Hech. 20, 36).

“Al Padre”: Como es el origen de todo, es también el fin al que tiende todo, fundamentalmente el amor del hombre.

“En espíritu (πνεύματι)”: Con toda el alma, con todo el ser y desde el interior del corazón. El culto judío era demasiado folclórico, exterior, mecánico, frío, comercial, interesado, expoliado del amor a Dios en el interior del corazón. Pero fundamentalmente Jesús se quiere referir a un culto que surgirá del nuevo espíritu, que Él dará con el segundo nacimiento: “en espíritu”. Este espíritu nuevo es verdadero si viene de Dios, y es falso si viene del enemigo (demonio, mundo y carne):

«Queridos, no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo. Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el

*mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos **el espíritu de la verdad y el espíritu del error.**» (1 Jn. 4, 1-6).*

En San Juan este Espíritu es divino:

*«Este es el que vino por el agua y por la sangre: Jesucristo; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el **Espíritu** es el que da testimonio, porque el **Espíritu** es la Verdad.» (1 Jn. 5, 6).*

Es el Espíritu increado, autor de la nueva vida sobrenatural:

*«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; **lo nacido del Espíritu, es espíritu.**» (Jn. 3, 5-6).*

*«Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque **da el Espíritu** sin medida.» (Jn. 3, 34).*

*«El **Espíritu** es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida.» (Jn. 6, 63).*

*«Esto lo decía refiriéndose al **Espíritu que iban a recibir** los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.» (Jn. 7, 39).*

*«El Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque **mora con vosotros.**» (Jn. 14, 17; cf. 14, 26; 15, 26; 16, 13).*

*«Sopló sobre ellos y les dijo: “**Recibid el Espíritu Santo.**» (Jn. 20, 22; cf. 1 Jn. 3, 24).*

San Pablo se mantiene en la misma línea de S. Juan:

*«Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, **recibisteis un espíritu de hijos adoptivos** que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Rom. 8, 15).*

*«La prueba de que sois hijos es que **Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo** que clama: ¡Abbá, Padre!» (Gál. 4, 6).*

Efectivamente, a lo que fundamentalmente se quiere referir Jesús en este pasaje con el término “*espíritu*” es al culto que surgirá con la nueva creación en el espíritu.

Este espíritu tiene su inicio operativo en el hombre con el bautismo:

«Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo.» (Jn. 1, 33).

“Y verdad (ἀληθεία)”: Expresión que en la mentalidad semita indica: sin error, en realidad, con firmeza, con fidelidad.

Los adoradores verdaderos del Padre necesitan el principio vital del Espíritu para quedar constituidos en verdaderos adoradores. Por eso, fuera del espíritu de la verdad, que está en Dios, no hay más que error, mentira y dolo: esto es lo que hallarás en el mundo, y no otra cosa; esto es lo que hallarás en las sugerencias del diablo, y no otra cosa; esto es lo que saldrá de tu corazón, herido por el pecado de Adán, y no otra cosa:

«No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador.» (Col. 3, 9-10).

“Porque el Padre desea que le den culto así”: Caen por tierra las rivalidades fraternas. Los muros de piedra no deben separar a los hermanos. Los samaritanos se incorporan a la vida de Jesús, la Iglesia, pero los judíos persisten en rendir culto a un muro profanado y derruido.

“Dios es espíritu”: Nada tiene que ver el espíritu de Dios con la materialidad de los falsos dioses cananeos, contruidos por las manos de un artesano. La preocupación del judaísmo por salvaguardar la espiritualidad de Dios era un capítulo esencial en la predicación desde los orígenes:

«Maldito el hombre que haga un ídolo esculpido o fundido, abominación de Yahveh, obra de manos de artífice, y lo coloque en un lugar secreto. —Y todo el pueblo dirá: Amén.» (Deut. 27, 15).

“Y los que le dan culto”: Aquellos que han comprendido la espiritualidad de Dios quedan capacitados para una adoración acorde con el ser propio de Dios.

“Deben hacerlo en espíritu y verdad”: Como Dios es espíritu, y el Espíritu de Dios es el impulsor de la adoración al Padre, la adoración no puede ser de otra suerte que en espíritu.

La pretensión de Jesús por elevar los ánimos del hombre sobre la materialidad terrena, a la que se ve tan incoerciblemente inclinado, es patente en este texto, en que mira hacia la trascendencia definitiva de la humanidad redimida del pecado y de la muerte.

“La mujer le dice: –Sé que va a venir (viene) el Mesías, el Cristo”: “Viene” es un verbo de presente con poco margen de futuro: es inminente su venida, está a las puertas. ¡Ay si supiera la samaritana que ya llegó y está ante ella!

La mujer manifiesta con gozo esperanzado la misma expectación del pueblo samaritano en la expectación mesiánica. Los samaritanos esperaban al Mesías denominado con el calificativo de **“Ta’eb”** (“*el que viene*”). Y mientras no llegue, no sabemos dónde está la verdad, ni quién tiene razón, ni qué hemos de hacer. “*El que viene*” será nuestra solución y salvación. Y mientras tanto no queda otra que aguardar.

“Cuando venga él nos lo dirá todo”: Esta necesidad que siente la samaritana del Mesías para que ponga orden en su vida, en su comunidad, en el mundo entero, es una experiencia que han sentido todas las generaciones y que tú mismo sientes en el fondo de tu alma: necesitas que Jesús te hable, te diga, te ofrezca su intimidad para que se restablezca el orden perdido en tu interior, en tu familia, en tu trabajo, en tu barrio, en tu mundo.

“Jesús le dice: –Yo soy”: Ya estaba bien dispuesta la mujer samaritana para recibir la gran revelación del Mesías, presente en su vida. Le da Jesús una respuesta similar a la del ciego de nacimiento:

«Jesús le dijo: “Le has visto; **el que está hablando contigo, ése es.**» (Jn. 9, 37).

Con esta expresión recuerda Jesús aquella palabra de la revelación bíblica hablando de Dios: “ἐγώ εἰμι, ὁ λαλῶν”:

«Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decía: “Aquí estoy.”» (Is. 52, 6).

La afirmación “Yo soy (ἐγώ εἰμι)” es la definición metafísica de Dios. Jesús ha querido apurar más el diálogo con esta mujer, ya bien dispuesta para aceptar el mensaje de salvación en la persona del Mesías presente.

Por esta misma expresión quisieron los judíos apedrear a Jesús, pues reconocieron que se presentaba como Dios:

«Jesús les respondió (a los judíos): “En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy.” Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo.”» (Jn. 8, 58-59).

“El que habla contigo”: Jesús es la Palabra increada, cuya función está en hablar, manifestar los arcanos de la Trinidad SS. Él “habla contigo”: ¡escúchalo!

El mundo está lleno de un hervidero de palabras vacías de contenido verdadero, pero la Palabra de Dios tiene el mismo poder que tuvo en la creación, el mismo poder que tiene en la Eucaristía para transubstanciar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo Jesús. Así también tiene poder para cambiar tu vida caótica en el orden que ves en el cosmos:

«La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, pero el espíritu de Dios incubaba por encima de las aguas. Dijo Dios: “Haya luz”, y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien.» (Gén. 1, 2-4).

«LA GRADUAL REVELACIÓN QUE CRISTO HACE DE SÍ MISMO.

Si tú eres rey, ¿por qué me pides agua? [Jesús] se revela de forma progresiva a la samaritana, primero como judío, luego como profeta y finalmente como el Cristo. Poco a poco la va llevando hasta el grado más alto. Ella vio primeramente en Jesús a una persona que tenía sed, después a un judío, luego a un profeta y finalmente a Dios. La samaritana persuadió al que tenía sed, sintió aversión hacia el Judío, interrogó al Sabio,

fue corregida por el Profeta y adoró al Cristo.» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario al Diatessaron, 12; 18; CSCO 137 [Scrip. arm. 1], 170).

“*En esto llegaron sus discípulos*”: Habían ido a comprar víveres a la ciudad (v. 8). Regresan ahora para dar la comida a Jesús. Los discípulos, tan previsores con las necesidades del cuerpo, se verán nuevamente sorprendidos por la pedagogía de Jesús.

“*Y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer*”: La separación radical entre hombres y mujeres era observada por los judíos con celoso radicalismo. La mujer quedaba relegada a un segundo plano. Desde la primera formación los maestros de Israel enseñaban al pueblo que no se debía hablar en público ni con la propia esposa.

Esta segunda categoría de ciudadanos, reservado para la mujer en ambientes de la antigüedad judía, expresa muy bien la realidad de lo que representa la samaritana en la Iglesia de hoy: ¿no es verdad que se suscita muchísima extrañeza al mantener el hombre un diálogo con la Iglesia? ¿No se considera poco menos que demenciado al hombre que entra en vida de comunión con Dios en su Sta. Iglesia? Y, sin embargo, ellos, los enemigos de la Iglesia, son los que realmente están demenciados, pues su camino es de perdición eterna. ¿No es verdad que esta extrañeza por dialogar con la Iglesia es tanto más venenosa cuánto más cercanos son los opositores de la Iglesia en tu vida? Y, sin embargo, ellos son los extraños para ti, para ellos mismos y para Dios. ¡Si al menos callaran, como hicieron los apóstoles cuando vieron conversar a Jesús con la samaritana!

«*Aunque ninguno le dijo: “¿Qué preguntas o de qué le hablas?”*»: Los discípulos de Jesús no le reprenden por esta ruptura consuetudinaria, cosa que da a entender el respeto que ya le profesaban sus apóstoles.

“*La mujer entonces dejó su cántaro*”: La que se resistía a darle agua al judío, se desprende ahora de la herramienta para sacar el agua: hasta aquí llega el fervor de esta mujer por Jesús. Corre la samaritana sin estorbos a anunciar la Buena Nueva.

«LA LABOR DE UN EVANGELISTA.

Los apóstoles, llamados (por Jesús), abandonaron las redes, ésta (la samaritana), en cambio, espontáneamente, sin que nadie se lo ordene, abandona el cántaro y transportada por la gracia, asume el papel de los

evangelistas. Y no llama a una o dos personas, como Andrés y Felipe, sino que, poniendo en pie a toda la ciudad, a mucha gente, los condujo hacia Cristo.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Juan, 34; 1; PG 59, 139).

“Se fue al pueblo”: Parece que “se fue corriendo”, como indican algunos manuscritos. Esta prontitud de ánimo en la samaritana está puesto por San Juan en su Evangelio como contraposición a la calculadora frialdad judía, que sólo supo usar de energía para matar a Dios.

Para un misionero es muy buen ejemplo la prisa de la mujer para anunciar el Evangelio.

“Y dijo a la gente”: La que era motivo de extrañeza por su conversación con un hombre, es ahora pregonera pública de todos los hombres y mujeres que encuentra en su camino: al entrar en comunicación con Jesús se acaban todos los prejuicios y se vencen todos los obstáculos.

“Venid a ver”: Es la tarea pastoral espontánea del misionero: llevar a Jesús para que contemplen por sí mismos los evangelizados lo que es Jesús. Algo parecido hizo también el apóstol Felipe para acercar a Natanael hasta Jesús:

«Le respondió Natanael: “¿De Nazaret puede haber cosa buena?” Le dice Felipe: “Ven y lo verás.”» (Jn. 1, 46).

“Un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho”: La samaritana había aprendido en el diálogo con Jesús pedagogía pastoral. Había que convencer a sus paisanos, y por ello comienza introduciendo a Jesús como “un hombre”, simplemente, aunque con una vertiente especial, pues “ha dicho todo lo que he hecho”. Queda picada la curiosidad de los samaritanos. Y después del exordio femenino, la sentencia magistral, aunque de modo interrogativo para llevar delicada y progresivamente a los samaritanos al mesianismo de Jesús:

“¿Será éste el Mesías?”: Ya está todo dicho y hecho. Después de un largo vuelo teológico, por fin aterriza la catequesis compartida. Jesús se ha conseguido en la samaritana una discípula cualificada que en esta ocasión ha dejado pequeños a los Doce.

“Salieron del pueblo”: El influjo catequético de la samaritana consiguió con eficacia su fin: poner a las gentes en camino hacia Dios.

El éxito misionero de la samaritana es total. La gracia de Dios es acogida por este pueblo cismático con un fervor envidiable y puesto como paradigma de una sincera conversión, un tanto ausente en ambientes del pueblo elegido, el judío:

«Vino a su casa, y los suyos no le recibieron.» (Jn. 1, 11).

“Y se pusieron en camino”: La puesta en marcha de los pueblos paganos hacia Jesús tiene aquí su inicio, pero ya no conocerá el fin. Desde ahora las generaciones eclesiales se pondrán en camino hacia Jesús.

“Adonde estaba él”: Ya no es el camino hacia el templo cismático de Samaría, ni tampoco hacia el Templo deicida de Jerusalén, sino hacia el Templo del Espíritu Santo, Cristo Jesús.

“Mientras tanto sus discípulos le insistían”: Los discípulos son conscientes del desgaste corporal que ha sufrido Jesús, que no ha probado bocado en todo el día, y se aproximan ya al inicio de la tarde. La insistencia de los discípulos en la comida pone de manifiesto la preocupación por su maestro.

Si el hombre fuera capaz de comprender el desgaste espiritual que padece a lo largo de su vida, y la necesidad que tiene de reponer sus fuerzas espirituales, estaría más capacitado para comprender la necesidad que tiene de Dios. Y, en consecuencia, dedicaría su tiempo al amor al Padre, como indicó Jesús anteriormente (v. 23).

“Maestro, come”: Ni bebió de manos samaritanas, ni comió de manos galileas. Era otra el hambre y la sed de Jesús: la salvación samaritana, la salvación galilea, la salvación judía, tu salvación.

«Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.» (Jn. 3, 17).

“Y les dijo: –Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis”: Jesús hace alusión a un alimento espiritual, al paso que los discípulos le hablan de un alimento material. El cumplimiento de la vo-

luntad del Padre es para Jesús todo su manjar. Pero el manjar del hombre se agota en el pan material.

Cuando entra en conflicto el alimento corporal con la voluntad del Padre, Jesús renuncia a la comida temporal, en aras de ese alimento que ignora el hombre, pero que Jesús adora.

“Los discípulos comentaban entre ellos”: Los discípulos intuyen un misterio, pero no logran descifrarlo, y por ello comentan entre sí desconcertados el acontecimiento.

“¿Le habrá traído alguien de comer?”: Los discípulos no comprendieron que Jesús les hablaba de otro tipo de alimento, del alimento que saciaba el hambre que tenía por salvar a la humanidad, deseo en que se cifraba la voluntad del Padre.

“Jesús les dijo: –Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió”: El hambre material que había fatigado a Jesús y a sus discípulos, en Jesús quedaba como sin efecto, pues se daba en El otra hambre tan intensa que opacaba el hambre de pan natural: se trata de la voluntad del Padre:

*«Y esta es la **voluntad del que me ha enviado**; que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Porque esta es la **voluntad de mi Padre**: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día.» (Jn. 6, 39-40).*

*«Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la **obra que me encomendaste realizar**.» (Jn. 17, 4).*

La coincidencia entre lo que dice Jesús y lo que dicen sus discípulos es analógica. Se mueven en planos diferentes. Los discípulos están atrapados en lo natural, pero Jesús vive remontado en lo sobrenatural.

“Y llevar a término su obra”: La obra de Jesús es su Iglesia, en la que se aglutinan los destinados a la vida eterna:

«Creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna.» (Hech. 13, 48).

“¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha?”: El tiempo de espera y maduración del grano natural del que hablan los discípulos es largo.

“Yo os digo esto: levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega”: Si la simiente natural demora unos meses en madurar, la simiente sobrenatural de la que habla Jesús, y que la samaritana ha sembrado entre los samaritanos, ha madurado de inmediato: *“están ya maduros para la siega”*.

“Levantad los ojos y contemplad los campos”: Se refiere Jesús al verso 30 donde se describe cómo los samaritanos saliendo de la ciudad se aglutinan en torno a Jesús.

“Que están ya dorados para la siega”: Están preparados y bien dispuestos para recibir el mensaje de salvación traído por Jesús.

“El segador ya está recibiendo salario”: La siega es el momento de recoger la cosecha. El cultivo de la tierra, la siembra, la fertilización, el riego, etc. han quedado muy atrás, ahora es momento de recoger los frutos. Pero el recolector no ha sido el que sembró, es decir, los apóstoles no sembraron, pero recogieron. Fueron los profetas los que cultivaron y sembraron la tierra de los corazones humanos que ahora recogen los discípulos de Jesús.

“Y almacenando fruto para la vida eterna”: El salario de Jesús en su Iglesia eres tú en adoración al Padre, la cual culminará en la eternidad sin escisión posible.

“Y así se alegran lo mismo sembrador y segador”: Aquí no se refiere a unos personajes agrícolas. Jesús hace alusión a los trabajos misionales de los profetas pasados y de los apóstoles presentes: aquellos sembraron, éstos siegan (recogen frutos).

“Con todo, tiene razón el proverbio: «Uno siembra y otro siega»”: Jesús envía a sus discípulos con la misión de recoger los frutos que habían sembrado los profetas de la antigüedad hasta Juan el Bautista, incluso hasta el mismo Jesús.

“Yo os envíe a segar lo que no habéis sudado”: Los trabajos duros de los sacerdotes y profetas de la Antigua Alianza, que llegaron a sudar

sangre martirial, dibujaron la historia de la humanidad. Ellos bregaron duro, en solitario, perseguidos, maltratados...

*«Apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, curaron de sus enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazando ejércitos extranjeros; las mujeres recobraban resucitados a sus muertos. Unos fueron torturados, rehusando la liberación por conseguir una resurrección mejor; otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones; apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra. Y todos ellos, aunque alabados por su fe, **no consiguieron el objeto de las promesas. Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros a la perfección.**» (Hebr. 11, 34-40).*

“Otros sudaron y vosotros recogéis el fruto de sus sudores”: Es a ellos, a los apóstoles, a quienes les está reservada la misión de recoger con gozo y descanso los frutos largos siglos cultivados con sudores, lágrimas y sangre.

“En aquel pueblo, muchos samaritanos creyeron en él”: ¿Así de fácil? Después de contemplar la resistencia judía para creer en Jesús, te quedarás atónito viendo cómo los paganos se adhieren a Jesús, creen en Él y lo acogen en su ciudad.

“/Por el testimonio que había dado la mujer”: La predicación de la misionera samaritana en nombre de Jesús convulsionó a los samaritanos.

“Me ha dicho todo lo que he hecho”: No era halagüeña la vida de la mujer y, sin embargo, la mujer predica y obtiene un fruto inmejorable. Si tú predicas en nombre de Jesús, no temas por tus miserias. Como la samaritana, cambia en tu vida lo que está mal, pero no dejes de anunciar el mensaje de salvación a todas las gentes.

“Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos”: Los samaritanos acogen a Jesús, a la par que los judíos lo intentan matar, razón por la que viene huyendo de ellos:

«Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan –aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos–, abandonó Judea y volvió a Galilea.» (Jn. 4, 1-3).

Se contrapone la positiva actitud samaritana a la deicida actitud judía.

“Y se quedó dos días”: Dado lo acelerada que era la correría apostólica de Jesús, dos días retenido en el mismo pueblo es una excepción llamativa. Jesús está saboreando los primeros frutos (primicias) de la cosecha, que como sacerdote le corresponden.

“Todavía creyeron muchos más”: Es intensiva esta afirmación, después de lo anteriormente expresado. El éxito de la conversión de los samaritanos ha ido creciendo a un ritmo pasmoso.

“Por su predicación”: El acierto de la mujer samaritana fue poner en camino a sus paisanos hacia Jesús, y luego Jesús hizo el resto. La conversión no es causada por la mujer, sino por Jesús, aunque con ocasión de la mujer.

“Y decían a la mujer”: El diálogo con la samaritana tiene una connotación de agradecimiento cualificado, pues si los samaritanos creyeron en la mujer, su fe se perfeccionó en contacto con Jesús.

“Ya no creemos por lo que tú dices”: La fuerza arrolladora de la predicación de Jesús dejó confirmados en la fe a los samaritanos, gracias a la enseñanza iniciada por la mujer, figura de la Iglesia.

“Nosotros mismos lo hemos oído”: El itinerario de la fe samaritana es tripartito:

1. Oír y aceptar el mensaje de la mujer misionera.
2. Oír y aceptar el mensaje de Jesús Salvador.
3. Convencerse, iluminados por la gracia, de que Jesús es el Salvador del mundo.

Han llegado los samaritanos al verdadero conocimiento de la verdad.

“Y sabemos que Él es de verdad el Salvador del mundo”: No sólo salvador del pueblo judío, también de los paganos. Jesús es salvador universal, tan sólo hace falta abrirse en fe a la aceptación de la persona de Jesús como Salvador:

«La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.» (Jn. 1, 9).

*«Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino **que tenga vida eterna.**» (Jn. 3, 16).*

*«Jesús iba a morir por la nación – y **no sólo por la nación**, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.» (Jn. 11, 51-52).*

La salvación de Jesús es universal: acógela y predícala a todas las gentes.